



CELIA

Xavier Majó

CELIA



Primera edición: julio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Xavier Majó

ISBN: 978-84-18828-50-8

ISBN digital: 978-84-18828-51-5

Depósito legal: M-20561-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Agradecido a Enric y Mikel, por abrirme la puerta
a este maravilloso mundo.*

CAPÍTULO 1

UNA LLAMADA INESPERADA

Día 11 de diciembre de 2019, a las 3:02 de la madrugada. El detective Jordi Ramírez descansaba en su casa después de haber estado trabajando durante todo el día en la oficina. El joven detective dormía hasta que su sueño se interrumpió. Se lo interrumpieron.

(El teléfono sonó)

RAMÍREZ. —¿Sí?

ÁNONIMO.—En el callejón de la Calle Poesía; es la primera víctima.

RAMÍREZ. —¿Cómo?

(Cuelga)

El detective Ramírez se levantó de la cama e intentó devolver la llamada. No pudo: habían hecho una llamada privada. Al no poder llamar al hombre que había realizado la llamada, el joven detective se vistió con unos tejanos azules, una camisa de cuadros que ya estaba desgastada, debido a que el detective la solía manchar, sobre todo de café, y después tenía que fro-

tar las manchas a fondo para que estas se fuesen. Encima llevaba su gabardina negra, con la que acostumbra a vestir cada día, porque le hacía sentirse más seguro. Se la había regalado su madre hacía muchísimos años; se la compró en el Old Spitalfields Market, un mercadillo situado en el noreste del centro de Londres. Aunque normalmente le gustaba trabajar de forma autónoma, necesitaba ayuda y, mientras iba al vestidor, no dudó en llamar a su mano derecha, el agente Domènech. Se citaron en la esquina de la Calle Magallanes para ir andando a la escena del crimen, que estaba a dos manzanas.

Ramírez bajó de su casa y esperó a su compañero Domènech en el punto citado. Mientras esperaba, el joven detective sacó una caja de cigarrillos Winston de su gabardina y se encendió uno mientras reflexionaba sobre la llamada. ¿Por qué a él? ¿Era realmente el asesino? ¿Por qué llamaban a su teléfono personal? Era una noche fría de invierno, a las tres y media de la mañana y hasta el ruido de un simple gato callejero desgarrando una bolsa de basura para alimentarse resultaba sospechoso. Cualquier *input* de la calle hacía que el detective se descentrase. Ahora escuchaba música que provenía de una ventana: alguien se había quedado dormido sin apagar el televisor. Los minutos musicales nocturnos de la pequeña pantalla se escuchaban de forma discreta, pero si tomabas la atención suficiente, conseguías distinguir qué pieza musical era. Ramírez no tenía dudas: esas notas de piano, esa finura, esa clase... La sonata para piano número catorce, Claro de Luna, compuesta por Ludwig van Beethoven. Una de las mayores aficiones de Ramírez era la música. Durante sus años en el instituto había escrito diferentes artículos sobre música clásica y la vida de diferentes autores, como podía bien ser Wolfgang Amadeus Mozart, Johannes Brahms e incluso sobre

Johann Sebastian Bach. No solamente alagaba su música, sino que también explicaba el significado de sus sinfonías, e incluso exponía hacia quién iba dirigido algunas de sus sonatas. El joven detective ya había escrito sobre la pieza que estaba escuchando en ese mismo momento, Jordi recordó su vida estudiantil, sus tardes con bebidas energéticas para así mantenerse perspicaz a la hora de indagar sobre la vida de los diferentes compositores. Al informarse sobre la sonata 14 para piano de Beethoven, quedó perplejo, no por quien se la dedicaba, a Giulietta Guicciardi, una alumna del propio compositor, sino más bien por los rumores de los que decían que estaba enamorado de su alumna, Giulietta. Ramírez, poniéndose en la piel de la joven alumna, dejó de lado el análisis de la composición e hizo un ataque subversivo hacia Beethoven. Fue el último artículo que escribió el ahora detective. La música empezó a mezclarse con las sirenas de la policía; venían de la esquina donde se encontraba. Estaba claro, alguien había llamado a las autoridades para informar del asesinato. Poco después llegó el Agente Domènech, que jamás fallaba al detective Ramírez.

Cuando el joven Ramírez rompió con su pareja después de su relación de seis años, su amigo Martí Domènech fue quien le ayudó a superar la situación y a hacer que se centrara única y exclusivamente en su trabajo, aunque le costó en su momento, ya le consideraba un amigo. En comparación a Ramírez, Domènech era un hombre bajito, de un metro sesenta y siete, de complexión delgada, con una ligera chepa que le hacía parecer incluso más bajito de lo que ya era. Se distinguía un gran contraste entre ambos. Ramírez, que medía más de metro noventa y caminaba de forma tiesa, sin desaprovechar ni un solo centímetro de su cuerpo. Domènech era un descuidado... Esa misma noche volvía a estrenar gafas... Ya se

le habían roto más de siete en lo que iba de año. A Jordi le gustaban las gafas que llevaba, más que nada, porque las había escogido él, unas gafas marca Lacoste, redondas, de color rojo encarnado. Según el detective, A Domènech era de las pocas personas que le quedaban bien las gafas, puesto que sus ojos eran minúsculos y padecía de una alta hipermetropía, y las gafas le agrandaban los ojos de manera significativa.

(Domènech se dirigió a gran velocidad a Ramírez, e iniciaron la ruta hacia la escena del crimen)

AGENTE DOMÈNECH. —¿Y por qué te llaman a ti?

RAMÍREZ. —No lo sé.

AGENTE DOMÈNECH. —¿Y tan solo te ha dicho la dirección? ¿No se ha identificado?

RAMÍREZ. —Tan solo me ha dicho la dirección y que esta era la primera víctima.

AGENTE DOMÈNECH. —¿Cómo la primera víctima? ¿Habrá más? ¿Entonces te ha llamado el asesino?

RAMÍREZ. —Sé lo mismo que tú, pero esto no pinta nada bien.

Hubo un silencio incómodo que les tuvo dos minutos callados.

AGENTE DOMÈNECH. —Mira, es allí...

CAPÍTULO 2

NADA PERSONAL

Se encontraron con un callejón, perteneciente a una pequeña ciudad del Vallès Occidental. No era uno de los barrios con más dinero de la ciudad, pero tampoco era un mal sitio para vivir, no solía haber demasiados altercados en esa zona, más allá de algún robo. El callejón era muy oscuro, no tenía salida, esa calle lo único que tenía era una gran cantidad de papeleras reciclables que había habilitado hacía unos meses la alcaldesa. En el callejón se encontraba el cadáver desangrado junto al contenedor de plástico. La policía local de la zona ya había rodeado la escena del crimen con un cordón policial, había muchas linternas encendidas ya analizando quién era la víctima y cómo había muerto. El detective se sorprendió, hasta el último momento había estado pensando que se trataba de una broma de mal gusto, pero no era así, su corazón empezó a palpar cada vez de manera más continuada.

(El detective Ramírez se dirigió al jefe de la policía con paso firme)

RAMÍREZ.—¿Qué hacéis aquí?

POLICÍA JIMÉNEZ.—Hemos recibido una llamada anónima en el cuartel general.

RAMÍREZ.—¿De un varón?

POLICÍA JIMÉNEZ.—Sí, ¿a ti también te ha llamado, Jordi?

RAMÍREZ.—A mi teléfono personal.

(Ramírez desvió la mirada del policía Òscar Jiménez y la giró a su izquierda para ver al cadáver)

POLICÍA JIMÉNEZ.—Échale un vistazo.

Ramírez se puso los guantes y empezó a analizar el cadáver. Tenía la cara pálida, pero intacta, la sudadera llena de sangre y los puños totalmente cerrados. Era un hombre que tenía entre los cincuenta y sesenta años. Era un hombre extremadamente delgado, apenas se le notaban los músculos, su pelo era castaño oscuro, aunque las canas estaban apoderándose de gran parte de su cabellera. Sus ojos permanecían abiertos, con una mirada profunda hacia la nada. «Esos ojos grises no me dejarán dormir esta noche» —pensó el detective; le daba mala espina, parecía que le estaba mirando en todo momento...

La ropa de la víctima era totalmente informal, como si de costumbre oscilará por las calles durante la madrugada; unas zapatillas Adidas Duramo 9 negras, que eran unas deportivas de la talla 47,5 —sorprendía que fuesen tan grandes, ya que el hombre no medía más de metro setenta—. Los pantalones de chándal, de marca genérica, largos y negros, con un par de rasguños, parecían haberse rozado con alguna rama o algo por el estilo. Y, por último, la sudadera, que parecía de color azul, pero las manchas de sangre la habían impregnado de manera notoria, hasta el punto de que costaba distinguir de qué color era.

(El detective Ramírez levantó la sudadera que llevaba la víctima)

No se pudo contener, notó como una gran cantidad de bilis le subía a su cuerpo rápidamente y no pudo evitar empezar a dar arcadas. La víctima tenía un corte desde el cuello hasta la zona abdominal. No era un corte uniforme, ni superficial, sino más bien parecía un símbolo o algo por el estilo, pero debido a la cantidad notoria de sangre no se podía distinguir; lo que más le repugnaba al detective era la visibilidad de parte del intestino grueso, lo había dejado colgando de forma intencionada.

POLICÍA JIMÉNEZ.—¿Qué diablos es esto?

AGENTE DOMÈNECH.—¿Habéis llamado al forense?

POLICÍA JIMÉNEZ.—Está de camino.

(El agente Domènech se puso a analizar el cadáver mientras el detective Ramírez seguía conversando con el policía Jiménez)

RAMÍREZ.—¿Habéis analizado las huellas?

POLICÍA JIMÉNEZ.—Sí, no hemos encontrado nada de nada...

RAMÍREZ.—Una cosa que te quería comentar... Cuando te han llamado para informar del asesinato, ¿te han dicho algo fuera de lo común?

POLICÍA JIMÉNEZ.—No, ¿por qué? ¿Fuera de lo común? ¿A qué te refieres?

Antes de que Ramírez pudiese replicar, les avisó el agente Domènech; tenía algo en la mano, era un trozo de papel, cortado de mala manera, arrugado y plegado de forma diminuta.

AGENTE DOMÈNECH.—Estaba en el puño de la víctima, hay un mensaje cifrado, es muy extraño.

(El agente Domènech extendió su brazo y el detective Ramírez cogió el papel)

En el papel se observaba una secuencia de números:

20 3- 13 2 23 16 2 26 22 15 26- 14 2 7 15 2 21 3- 13 26 12
3- 26 22- 20 3- 7 3 16 16 26- 9 26 20- 15 26 3 15 12 8- Para el
detective Jordi Ramírez.

RAMÍREZ.—¿Por qué pone mi nombre? ¿De qué me conoce el asesino?

Solo al decir la frase, le entró un escalofrío que le llegó desde la cabeza hasta los pies, ya que, el detective se dio cuenta de que el asesino era alguien muy cercano a él, desde bien pequeño le había gustado resolver diferentes enigmas. Durante los últimos años, solía ir a hacer *scare rooms* con su expareja Celia, y ahora estaba empezando a ir con su compañero de profesión, Martí Domènech.

(El agente Domènech le dio un amigable golpe en la espalda)

AGENTE DOMÈNECH.—No te preocupes, esto no solo ha hecho más que empezar, cogeremos a quien haya sido.

(Ramírez asintió discretamente)

El detective siempre había resuelto todos los casos que se le habían presentado delante de él, pero esta vez se le notaba

nervioso, jamás había conocido a ningún asesino que mata-se por placer y a sangre fría. El detective era algo chulo: sus excelentes notas en los estudios, su gran carisma a la hora de enfrentarse a alguien y su gran pasión por su profesión hacían de él una persona muy segura de sí mismo. Realmente era muy complicado quitarle la razón, ya que su capacidad de persuasión era realmente buena. Tal como decía su compañero Martí, Jordi es capaz de convencer a la víctima de que es el asesino. Aunque en ese momento el detective no podía convencerse ni a sí mismo de que iba a superar este caso: su mirada vacía hacia la víctima mientras veía cómo se la llevaban...

(Trasladaron el cuerpo a la forense para que pudiera analizarlo)

La forense se llamaba Raquel. Era una buena persona, según Ramírez. Siempre tenía una sonrisa ante cualquier situación. Era una chica atractiva, morena con los ojos marrones, bastante alta; siempre se distinguía por el rojo carmesí con el que iba siempre.

Ramírez volvió a casa. Por primera vez en muchos años sentía miedo, pero también ganas de plantearse el asesinato como un reto, ya que últimamente su vida estaba siendo disoluta y decadente, no se había llegado a centrar en el trabajo tras dejarlo con su expareja. Al llegar a casa tan solo pensaba en una cosa, tumbarse en la cama y descansar hasta el día siguiente.

(Ramírez se tumbó en la cama)

CAPÍTULO 3

LA FIESTA DE DISFRACES

El detective, a pesar de estar muy cansado, empezó a pensar en su expareja, Celia. La seguía echando de menos, pero él había cometido muchos errores y era el claro culpable de que la relación acabase. Durante una fiesta de disfraces, que organizaron el grupo de amigos que tenían Celia y Jordi, se rompió la relación totalmente. El alcohol, las drogas y el jolgorio imperó en la fiesta, eso hizo que, María, la mejor amiga de Celia, empezase a hablar con Jordi. María era una chica mucho más joven que Jordi, tan solo tenía veintidós años recién cumplidos. Era rubia, con ojos azules y unos labios muy carnosos. Era una chica bajita, con las ideas bien claras y de personalidad muy directa. El detective empezó a recordar absolutamente todo lo que pasó esa noche...

(Celia y Jordi caminaban hacia la casa donde se organizaba la fiesta)

CELIA.—¿Voy bien vestida? Muy poco original ir de Harley Quinn, ¿no?

RAMÍREZ.—Yo te veo preciosa... ¿Yo voy bien? Tú aún tienes un rollo sexy, pero yo de Joker parezco un psicópata.

(Celia empezó a reír)

Acto seguido llegaron a la mansión donde se organizaba la fiesta. Una verja de seis metros les impedía entrar. Al llamar al telefonillo, cuatro *flashes* se iluminaron para que la cámara pudiese identificar quiénes eran.

(Inmediatamente se abrió la verja)

Mientras avanzaban con el coche en línea recta iban deleitándose con la cantidad de flores que había. Celia reconocía las hortensias, los tulipanes y las rosas. Estaba asombrada, nunca había estado en una mansión así, con su propio establo, su piscina y su pista de tenis particular. En cierta manera tenía miedo, era una chica sencilla, impulsiva y muy sentimental, siempre con una sonrisa, incluso en las situaciones más adversas.

Al aparcar, les vino a recibir el homeless, que era el famoso empresario y amigo de Jordi, Vicente Hurtado. Eran amigos desde pequeños, desde que estudiaban juntos en Sant Cugat del Vallès.

VICENTE.—¡Pero bueno! ¡Si tenemos aquí al detective Ramírez!

RAMÍREZ.—*(riéndose)* Aquí estoy, Jordi, dejemos el trabajo durante unas horas...

(Vicente dejó de mirar a Jordi y observó a su pareja Celia)

VICENTE.—Y tú debes ser Celia, ¿no? ¡Jordi me ha hablado tan bien de ti...! ¡Le tienes enamorado!

CELIA.—*(sonriendo)* ¿Seguro que te ha hablado bien de mí? Esta casa es espectacular.

VICENTE.—Pues adelante, pasad, ya estamos aquí casi todos. Id a la sala de actos, allí los veréis.

(Celia y Jordi fueron hasta la sala de actos)

Vicente había tenido una estrecha relación con Jordi, pero a Jordi le daba mala espina. Había una parte de él que le hacía dudar sobre si lo que llegaba a hacer con sus trabajadores era sobreexplotación, pero, como Vicente se enfadaba con todo, Jordi no se atrevía a decírselo. Vicente era un hombre de 57 años, soltero, de una gran envergadura, con una larga melena. La gente que había tratado con él, le tildaban de avaricioso y muy egocéntrico, tal vez por eso era multimillonario.

La sala era gigante, pintada de color rojo rubí, decorada con diversos cuadros de Salvador Dalí, sobre todo. Había diversos sofás de piel blanca, donde diversos invitados ya estaban sentados acomodadamente intercambiando ideas, mayoritariamente políticas y, si no, haciendo negocios. Sorprendía que no hubiese mesas donde coger comida o bebida, pero Vicente había contratado siete mayordomos.

Jordi y Celia se encontraron con sus amigos. La mayoría había estudiado desde pequeños con el detective. La fiesta ya había empezado hacía unas dos horas, y eso se notaba al entrar. El olor a Jägermeister y Marie Brizard justificaba el jolgorio por parte de todos los invitados.

Ramón fue el primero en saludar a la pareja, de hecho, fue el primero en darse cuenta de que habían llegado, ya que los demás invitados deambulaban en otra órbita. Ramón iba vestido de Flash Gordon y, al verlos, imitó al superhéroe haciendo un *sprint* e intentando hacer una voltereta delante de ellos.

Su intento fue un fracaso. Al intentar hacer la voltereta cayó mal y se hizo daño en la espalda, pero él se levantó como si todo estuviese controlado.

RAMÓN.—El Joker y Harley Quinn... ¡Qué agradable sorpresa!

CELIA.—Vaya descontrol, ¿no? ¿Cómo podéis beber tanto, si la fiesta acaba de empezar...?

RAMÓN.—¡Esto está siendo una locura! ¡Algo que siempre recordaremos! ¡La mejor fiesta de disfraces de la historia!

RAMÍREZ.—Eso espero... ¿Qué hay de beber?

(Ramón llamó al mayordomo con un silbido)

MAYORDOMO.—¿Qué desean?

El mayordomo llevaba un carrito enorme con veintitrés botellas de alcohol diferentes.

CELIA.—A mí hazme un Tom Collins.

RAMÍREZ.—A mí un Mai Tai.

(El mayordomo fue a prepararles los cócteles a ambos)

Ya preparados los cócteles, el mayordomo les ofreció las copas junto a unas pastillas.

RAMÍREZ.—¿Y esto?

MAYORDOMO.—El *host* quiere que esta fiesta sea recordada durante años.

(Celia y Ramírez se miraron con claros gestos de no querer ingerir tal sustancia)

RAMÓN.—Va, un día es un día, hay que vivir el momento... Es un poco de MDMA, ¡ni que fuera esto heroína...!

Celia y Jordi, al sentirse presionados, acabaron echándose la pastilla en la bebida.

Las horas iban pasando, pero la pareja ya había perdido la noción del tiempo y ya no sabían lo que realmente hacían ni decían. Siguieron ingiriendo alcohol y drogas a diestro y siniestro. Todo se convirtió en un bucle de decir tonterías y hacer ver como que los problemas no existían.

Todo se detuvo cuando Celia vio llegar a la sala de actos a su amiga María. Celia invitó a su mejor amiga, ya que lo había dejado con su novio hacía tres semanas. Con tal de que se animase, Celia era capaz de hacer cualquier cosa. Y eso hizo, invitó a su amiga a una fiesta donde no conocía absolutamente a nadie. María se olvidó del disfraz, llevaba un vestido de tirantes que se entrecruzaban en la espalda y le hacían resaltar sus hombros dulces y bien formados. El color del vestido le favorecía mucho, un color crema que hacía que resaltaría su tez y le añadía un contraste con sus ojos azules.

CELIA.—¡A buenas horas llegas tú!

MARÍA.—Perdóname, estaba en una cena de empresa y se nos ha ido un poquito la hora; y, a parte, he tenido que ir a casa a cambiarme...

CELIA.—*Don't worry, baby!* Acompáñame, que te presento a mi chico.

Celia, ebria, ni se había dado cuenta de que su mejor amiga no iba disfrazada, pero en ese momento, eso no era una preocupación para ella, ya que ya estaba viajando hacia otra dimensión.

(María y Celia se acercaron al sofá donde estaba Jordi)

El detective estaba sujetándose la cabeza con las manos, intentando rehacerse después de haber ingerido una excesiva cantidad de alcohol y drogas. Su cara estaba sonrojada, aunque se sentía cómodo y ligero.

CELIA.—Cari, esta es María, mi amiga de la que tanto te he hablado...

Era increíble, después de siete años de relación, Jordi iba a conocer a la mejor amiga de Celia. Por casualidades de la vida, jamás habían coincidido, y mira que lo habían intentado veces, pero entre los viajes de María y los casos que tenía el detective, jamás había ocurrido esa situación.

(Ramírez se levantó lentamente tambaleándose y le dio dos besos)

RAMÍREZ.— *(riéndose)* ¡Cuántas ganas tenía de conocerte! ¡Por fin hemos podido coincidir después de treinta años!

MARÍA.— *(descuajaringándose)* ¡Lo mismo digo! ¡Qué panorama es esto! Parece que os habéis perfumado con Vodka. Dadme de eso que os están dando, yo también quiero pasarlo tan bien.

En unos momentos ya le estaban sirviendo un cóctel a María junto a una pastilla de MDMA. La noche estaba siendo

un descontrol: las horas pasaban, el alcohol y la droga predominaban durante la noche. Estaba siendo realmente especial, pero la alegría solo iba a durar un rato. Esa noche iba a ser de las más funestas en la vida de Jordi, y de su pareja...

